

RAZÓN POLÍTICA, GLOBALIZACIÓN
Y MODERNIDAD COMPLEJA;
de Bernat Riutort Serra, España,
El Viejo Topo, 2001.
Alejandro Moreira

El primer capítulo de Razón política, globalización y modernidad compleja esboza una serie de problemas que serán tratados con detenimiento a lo largo del libro. Con el fin de comprender los cambios acaecidos a lo largo de las últimas décadas en las sociedades capitalistas desarrolladas, Riutort Serra relacionará tres procesos: la crisis económica de los años setenta, que desencadenó una dinámica de cambio en las condiciones de acumulación de capital; en segundo lugar, las transformaciones que se han producido en los países del capitalismo avanzado paralelamente a la globalización y, por último, la crisis del Estado de bienestar y la transformación de la sociedad del trabajo.

En suma, Riutort Serra se propone examinar el paso del capitalismo regulado a esta nueva estructura social de acumulación que llamamos «capitalismo global». En lo que respecta a las relaciones capital-capital, advierte que el nivel de penetración del mercado mundial es cualitativo y cuantitativamente superior al de los ochenta: el nuevo tipo de gran empresa ya no es identificable con lo que antes se conocía como transnacional; por otro lado, surge como fenómeno distintivo un nuevo sector ligado a los servicios financieros. En cuanto a las relaciones capital-trabajo, el pacto social que los unía se ha roto en beneficio del primero: se agudizan las condiciones de precariedad en el empleo, al tiempo que los sindicatos han dejado de jugar el papel sociopolítico que tenían en el pasado, reclusándose en prácticas corporativistas. Por

su parte, la sociedad del trabajo ha perdido centralidad como configuradora del modo de vida de la mayoría de los asalariados. Dice el autor: «Los trabajadores pierden la capacidad de establecer una narrativa propia... Los nuevos excluidos vagan entre el individualismo desesperanzado y la búsqueda de identidades que le ofrezcan algún tipo de reconocimiento entre las nuevas tribus urbanas, las confesiones religiosas y las identidades étnicas minorizadas». El análisis se extiende también a las relaciones entre Estado y economía, relaciones centro-periferia y relaciones producción medio.

Al igual que el resto del trabajo, el segundo capítulo («Reconocimiento, derecho y capitalismo global») se inicia con un recorrido meduloso tanto de los aspectos filosóficos como históricos del problema a tratar, en este caso el reconocimiento de derechos por parte de las instituciones del Estado moderno: libertad individual, derechos de propiedad, derechos democráticos, derechos sociales, derechos culturales y derechos ecológicos.

El rasgo decisivo de los tiempos que corren es la transferencia de poderes y recursos del Estado a favor del gran capital transnacional, y paralelamente la gestación de una nueva economía ocupada en la producción, distribución y consumo de los nuevos tipos de bienes y servicios ligados a la cultura, a la información, la gestión económica y social y el conocimiento y manipulación biotecnológica. Si en las décadas pasadas el Estado todavía jugaba un papel central en la mediación entre los agentes sociales y polí-

ticos, con el capitalismo global, la sociedad, la economía y la cultura desbordan el marco estatal: la política pierde autonomía y el sistema político entra en crisis. La consecuencia es clara: el capital se torna incontrolable para la democracia, una situación tanto más grave en los Estados periféricos.

Por su parte, la política sigue girando en torno a aquellos temas que Offe integró en el «viejo paradigma», en tanto que los temas que definen al «nuevo paradigma» –ecología, compromiso con la paz, derechos humanos, políticas del género y formas de trabajo no alienadas– han sido reformulados y canalizados hacia el interior del sistema, de donde resulta que su potencialidad emancipadora se ha visto seriamente debilitada. La posición del autor no deja lugar a dudas: «las demandas de reconocimiento de nuevos derechos y de viejos derechos renovados han sido subordinadas a la afirmación de los derechos de la gran propiedad» En ese mismo sentido, acierta al precisar los límites que presenta la llamada «tercera vía» en su versión anglosajona, una propuesta que acepta todos los límites de «lo posible» establecidos por el orden neoliberal. En los últimos pasajes, Riutort Serra se detiene en una caracterización de los nuevos movimientos sociales, que en su análisis remiten no ya a «la política» (el juego del poder), sino a «lo político» (las relaciones de poder). Denomina a ese vasto fenómeno «la renovación subpolítica de la política», renovación que plantea posibilidades para otra modernidad. El final es optimista: «la historia no ha llegado a su fin».

Los dos capítulos que siguen están dedicados a la obra de Claus Offe. «Crisis, conflicto y transformaciones del Estado y

de la sociedad del trabajo» se centra en el estudio de la crisis desatada a partir de los setenta, y en buena medida consiste en un análisis de los trabajos que fueron compilados en *Contradicciones en el Estado de bienestar*. El cuadro se complementa con «Conflicto y racionalidad en el capitalismo avanzado» que sistematiza los conceptos económicos, sociales y políticos que Offe ha utilizado para abordar los problemas de la democracia, la lógica de la acción colectiva y los nuevos movimientos sociales en el mundo contemporáneo.

En lo que respecta al análisis de los nuevos movimientos sociales, Offe considera que los problemas del capitalismo y los fracasos de la izquierda tradicional imponen la necesidad de un cambio: de la racionalidad de los objetivos finales hacia una racionalidad de procedimientos y cautelas. Tal racionalidad requiere la participación de la ciudadanía, puesto que el mercado y el Estado han demostrado, de manera ostensible, su incapacidad para afrontar la crisis. La participación significa una mayor responsabilidad pública y una mayor solidaridad de los ciudadanos para desarrollar asociaciones intermedias que acepten una racionalidad procedimental universalista, la que debe respetar las diferencias.

Al igual que en otros momentos del escrito, Riutort Serra no dejará de advertir la distancia que media entre proyectos e ideales, y la política realmente existente. De ese modo, observa que la propuesta de Offe, que buscaba unir nuevos movimientos sociales e izquierda tradicional en Alemania, se saldó en los hechos con el triunfo de la coalición de la Socialdemocracia y los Verdes, pero la misma lejos de orientarse

hacia un nuevo paradigma de la política se convirtió en una alianza de contención del conservadurismo que permaneció fiel a las prácticas tradicionales.

Los tres últimos capítulos están dedicados a un análisis exhaustivo de los momentos centrales del pensamiento de Habermas, lo que, por cierto, vuelve a recordarnos la importancia de esa obra monumental para cualquier perspectiva que intenta aunar democracia y emancipación. El capítulo «Democracia y praxis» se detiene en la argumentación del joven Habermas en lo que refiere a los problemas de la praxis, de la razón instrumental y del pensamiento emancipador; y a continuación aborda su evolución, en particular en lo que atañe a la dinámica del capitalismo tardío. Una evolución que Riutort Serra observa críticamente, si está lejos de afirmar que el pensamiento de Habermas se haya agotado, sin duda observa allí límites muy claros: la propuesta de una razón comunicativa, que busca superar los dilemas irresueltos de la razón moderna, se traduce en una perspectiva que diferencia taxativamente estado democrático y sociedad civil, en donde el ímpetu emancipador ha quedado en buena medida desvanecido. Así, en el capítulo «Modernidad compleja y capitalismo avanzado» se lee: «Capitalismo y Administración no son cuestionados en cuanto a sistemas autopoieticos, al contrario, aportan bienes y organización a la sociedad, facilitando las condiciones materiales de vida de quienes viven en ella. Son sus efectos perversos sobre el mundo de la vida los que deben ser acotados por la voluntad democrática. El radicalismo democrático de la obra de juventud de Habermas ha cedido espacio a los sistemas autonomizados. Ahora la

democracia, es más una autodefensa del mundo de la vida que una concepción participativa de la formación de la voluntad colectiva emancipadora».

El último capítulo («Identidad nacional, reconocimiento y democracia») aborda el conjunto de los aportes de Habermas en torno al problema de la identidad colectiva y de la tradición en las sociedades complejas. Interesa, en este caso, el análisis de Riutort Serra sobre la manera que Habermas afronta el reconocimiento de derechos colectivos en estados multiculturales. Habermas apela al momento democrático de constitución del soberano y acepta que sus miembros tienen identidad cultural, pero afirma que la voluntad soberana solo puede expresarse en términos individualistas y universales, de manera que lo colectivo solo es admitido en la medida en que puede ser considerado como una actualización de un derecho individual universal. Ello significa que el reconocimiento de los bienes colectivos se mantiene en el ámbito de la eticidad pero no de los principios. En cuanto al derecho a la autodeterminación, el mismo no es aceptable si el Estado en cuestión reconoce los derechos individuales a los miembros de las minorías, de manera que la secesión sólo es posible en aquellos casos que medie violencia y exclusión. Los pasajes finales del libro están dedicados a la integración europea. Aquí, el problema no es otro que el desfase temporal que impone la globalización entre, por una parte, la integración sistémica (que remite al mercado y a la administración) y, por otra, la integración social. Tal desequilibrio entre desarrollo capitalista y desarrollo democrático vuelve urgente la construcción de una ciudadanía europea.

Razón política y modernidad, globalización

compleja es un trabajo sólido y coherente que toca buena parte de los problemas que acosan a las democracias tanto de los Estados centrales como periféricos, y en ese sentido brinda muchos instrumentos para pensar la actual crisis argentina. El interés que despierta el texto reclama del autor un desarrollo más extenso de sus propias posiciones, para evitar de esta manera el rol de comentarista en el que a veces se cae en el

tratamiento de las grandes obras. En el libro que comentamos, la claridad expositiva del autor es inmejorable, pero podría habernos dado a conocer con mayor profundidad su propia posición. Una posición que –todo lo indica– se ubica claramente en la izquierda. Se diría entonces que Riutort Serra tiene en verdad mucho más para decirnos, a juzgar por el contenido de este libro tan prometedor.